

tes de morir (1647), había visto á los antiguos señores del país solicitar la paz, trasmitió sus dignidades á su hijo Guillermo II, de edad de veinte y un años, bajo cuyo mando se concluyó la paz de Munster, producida por el valor de su tío y la prudente perseverancia de su padre. El tratado de Munster aseguró á los Estados Generales la parte conquistada de Flandes, del Brabante y del país situado sobre el Mosa; estos territorios no fueron comprendidos en la Union, sino puestos bajo el mando de un gobernador general, que fué el príncipe de Orange.

Las siete provincias formaban un gobierno federativo, cuyos diputados residían siempre en la Haya, donde resolvían por unanimidad los negocios públicos. Un consejo de Estado, una cámara del almirantazgo y un tribunal de cuentas, dirigían la administración; pero, en realidad, el poder legislativo pertenecía á cada provincia, pues los Estados Generales no podían hacer nada sin el asentimiento de los Estados Provinciales. La municipalidad, circunscrita á un pequeño número de familias de la clase media, era la base de todo.

Más importante la Holanda que las demás provincias, y poseyendo mayores ciudades, adquirió tal preponderancia, que su estatuder llegó á ser el de todos los Estados; ó su gran pensionario era el jefe de toda la Union, según predominase el partido civil ó el militar. El estatuder, primer magistrado vitalicio del poder ejecutivo, mandaba el ejército y la escuadra, y gobernaba á la provincia; podía asistir á los Estados Generales y hacerles proposiciones, pero sin voto; el gran pensionario estaba encargado de los sellos y de los archivos, preparaba las deliberaciones y presidía la asamblea, recopilaba lo que en ella se emitía y trataba de conciliar las opiniones; conferenciaba con los ministros extranjeros, proveía á las necesidades de la guerra, disponía de los fondos secretos, y aun cuando desempeñaba su cargo por quinquenios, continuaba, no obstante, en él hasta que por cualquier accidente se le separaba del mando. No era posible evitar las discordias en aquella reunión de siete cuerpos casi soberanos, cuando el origen, de donde cada uno de ellos hacía emanar su derecho, no estaba demostrado con bastante claridad. La reflexion no había combinado aquel mecanismo; se había formado con arreglo á las circunstancias.

Quería la Holanda, que para disminuir su deuda se licenciase una porción del ejército; pero el príncipe de Orange se oponía á ello como capitán general. Discutióse sobre su jurisdicción, sobre los abusos de autoridad, pero cuando Guillermo II murió á la edad de veinte y cuatro años (1650), dejando á su mujer en cinta, el partido popular venció, y fué abolido el estatuderato. Al frente de este partido estaban Cornelio y Juan de Witt, hombres de mar, enemigos del feudalismo y dominados por el amor más puro y ardiente á la libertad.

Los Estados Generales tuvieron que luchar con-

tra los ingleses, que habían proclamado como un derecho la estraña pretension de ser los únicos que poseyesen el mar que cerca su isla. Hugo Grocio le había refutado en el *Mare liberum*, y Selden se había hecho su campeón en el *Mare clausum*. Carlos I prohibió (1636) á todo extranjero pescar en las costas de la Gran Bretaña. Cromwell renovó las ordenanzas con respecto á este asunto (1652), queriendo que en reconocimiento de la supremacía de la Inglaterra consintiesen los holandeses en arriar su pabellón y dejar visitar sus barcos. Resultaron de esto tres guerras (1652-1665-1672), en las cuales se ilustraron los marinos holandeses y los grandes almirantes Tromp y Ruyter.

Ruyter, que había ascendido por grados, tenía un conocimiento profundo y mucha práctica en la ciencia del marino. Los puertos, los escollos, los bancos, las calas, las corrientes le eran tan familiares como las personas de su casa. De una actividad incansable, constantemente sobre la cubierta de su barco, vigilaba en persona la ejecución de sus órdenes, y se hacía amar de los marineros, que le llamaban *buen padre*. Persuadido de que «no se puede obtener la victoria sin la ayuda de Dios,» y que «tanto las victorias como las derrotas no son más que el instrumento de la voluntad de Dios,» encontraba en este modo de pensar moderación en la prosperidad, tranquilidad en los desastres. Entró en 1667 hasta el Támesis: y habiendo llegado á Chatham, incendió los barcos que estaban en la rada, sembrando el espanto en Londres.

Deslumbrado el pueblo con el prestigio de la nobleza, y despreciando los jefes salidos de su seno, retiraba sus simpatías á los Witt, y echaba de menos á los príncipes de Orange. Pero negociando la facción opuesta á esta casa con Cromwell la paz de Westminster, había aceptado la condición de no elegir por estatuder al príncipe de Orange ni á sus herederos. El objeto secreto de Cromwell era impedir que este príncipe, yerno del rey de Inglaterra, llegase á ser jefe de la Unión y hacer peligrar de esta manera su usurpación. Algunos Estados desecharon esta esclusión; lo cual produjo escritos y discusiones agriadas por las fracciones filosóficas, como en otro tiempo por los odios teológicos.

Los reformados de Ginebra habían adoptado el peripatetismo purgado de la escolástica, y Teodoro de Beza se proclamó partidario de Aristóteles; pero Ramus refutó en parte al Estagirita, sustituyendo su propia lógica á la suya, que á su vez fué escluida de la Holanda por la oposición de José Escaligero. En este estado de cosas, la filosofía de Descartes, que había ido á refugiarse á Holanda en 1629, adquirió gran crédito; pero fué combatida por Gilberto Voecio, en cuyo derredor se agruparon los ortodoxos, con la idea de que la duda sistemática del filósofo francés condujera al ateísmo. Al mismo tiempo Juan Cock (Cocceio), de Brema, defendió á Descartes, y sostuvo que en la interpretación de la Biblia, la razón y la filosofía de-

bían desempeñar el primer papel, y que no siendo suficiente el sentido natural, era necesario penetrar el oculto y místico.

Los voecianos estaban apoyados por la casa de Orange, y los cocceyanos por los Witt, que eran partidarios de la soberanía de hecho. Pero el sínodo de Dordrecht decidió que la filosofía debía permanecer diferente de la teología, y que la Biblia, fundamento de ésta, no admite las interpretaciones derivadas del principio filosófico; en su consecuencia excluyó de las escuelas la doctrina de Descartes.

Hacia, sin embargo, progresos bajo el patrocinio de los cocceyanos y de los Estados de Holanda; los voecianos eran desterrados de las cátedras y de los empleos, de manera, que la teología, la filosofía y la política se encontraban mezcladas. Cuando se trató de determinar la fórmula de las oraciones que debían rezar públicamente los pastores, estallaron los partidos. No se sabía á quién pertenecía la soberanía, es decir, por quién orar. Los cocceyanos se aprovecharon de aquella ocasión para hacer declarar por los Estados de Holanda, que la soberanía residía en la asamblea de los Estados de la provincia, único magistrado después de Dios: los demás cuestionaron á la Holanda el derecho de disponer la oración; pero en todas partes se vieron obligados á aceptarla. Como ciertos diputados se habían espesado en aquellas circunstancias con mucha osadía, temieron ser blanco de las persecuciones (1663). En su consecuencia, votaron el acta de indemnización, por la cual todo el que en adelante sufriese daño en su persona, bienes ú honor, por proposiciones en materia de gobierno, sería indemnizado á espensas del Estado.

La política de la Holanda se encontraba entonces en la más próspera situación: era dirigida por el gran pensionario Juan de Witt, hombre muy sábio, magistrado íntegro, rentista hábil, de carácter recto y noble, y de un talento despejado y sin perfidia. Ha sido juzgado de otra manera, como acontece siempre en las épocas en que las facciones están vivas, tal vez también porque tenía las virtudes y vicios de un jefe de partido. Taciturno, exento de temor, modesto, y sin embargo, obedecido, con esperiencia de los hombres en quienes ejercía el ascendiente de una razón fuerte, de una recta sinceridad y una moderación constante, no se le acusa de una mala acción á pesar de semejantes tiempos. El solo no pudo ser corrompido por aquel Luis, cuya profusión triunfó de tantas virtudes, y llegó á ser su enemigo implacable. Instruido en el derecho y en las matemáticas, aplicando el álgebra al comercio, nadie conocía como él los intereses de los diferentes Estados, no consideraba las cosas desde tan elevado punto ni con tan firme mirada. Así era como á pesar de las trabas que le oponía la oligarquía, sabía obrar con la pronta resolución de un ministro absoluto; negociaba con franqueza, escuchaba las proposiciones, y después cuestionaba hasta quedar bien dilucidadas. Amaba

á la república á la manera antigua, y quería un ejército nacional. Creía que se podía pasar desde un mostrador á la cabeza de un ejército, como los Quincios arrebatados al arado; Mercader tuvo la vanidad de adoptar el traje militar. Este es el mayor cargo que le han hecho sus enemigos. Podemos añadir que tuvo demasiada confianza en el mar, y que descuidó las plazas fuertes, cuando debía fiarse tan poco de las potencias vecinas.

Negoció con la Francia el tratado de alianza de París (1662), que fué tan favorable al reino, al paso que los holandeses no buscaban más que una reciproca garantía de las posesiones de cada Estado. Pero Luis XIV, con su carácter despótico, no podía creer á aquellos republicanos que se atrevían á hacerle frente, unas veces á impedir sus proyectos, y otras á censurar sus acciones. Cuando las conferencias para la paz de Aquisgram, habiendo un francés dicho á un regidor de Amsterdam: *¿Cómo! ¿No os fiáis de la palabra del rey?—No sé,* contestó el holandés, *lo que quiere el rey; pero considero lo que puede.* Colbert había inspirado á Luis XIV aversión hacia aquella industriosa república, cuya prosperidad en vano trataba de igualar. Louvois hacia escribir folletos contra el rey y contra sus gustos políticos; fingía después que estos libelos procedían de Holanda, donde en efecto las gacetas eran redactadas en otro sentido que los periódicos oficiales de Francia. Propalaban la noticia de que el león belga había sido representado en una medalla, con un cañon entre sus garras, y esta inscripción: *Sic fines nostros tueamur et undas;* y que en otra se veía á la Holanda, bajo la figura de Josué deteniendo al sol (5).

Aunque los Estados le hubiesen dado satisfacción de estas pretendidas insolencias, Luis XIV quería vengarse de aquellos mercaderes que tenían la audacia de compararse á un rey: por espacio de cuatro años estudió con obstinación y habilidad los medios de esterminarlos. Trató primero de disolver la triple alianza: cosa fácil, en atención á que Carlos II no había tenido nunca intención de sostenerla, y que la Suecia no había considerado en ella más que una especulación rentística sobre la España. Envióse á aquel príncipe á Enriqueta, duquesa de Orleans, hermana del rey de Inglaterra (6), para que emplease con él además del amor fraternal, otros medios de seducción: llevó principalmente consigo una joven hermosa, pronto des-

(5) Más tarde hizo Luis XIV acuñar una medalla con un Neptuno que amenazaba, y las palabras de la Eneida: *Quos ego.* Los holandeses, eruditos negociantes, contestaron con otra, cuya leyenda está también tomada de Virgilio: *Maturate fugam regique hac dicite vestro; Non illi imperium pelagi.*

(6) Fué en persona á Douvres, y murió de repente á su vuelta, envenenada, según la opinión del pueblo; del cólera morbo, según la de los médicos. Bossuet la inmortalizó en una oración fúnebre, en la que deplora su fin, disimulando sus vicios.

honrada bajo el nombre de duquesa de Portsmouth. Carlos prometió, pues, proporcionar hombres y barcos, y hasta hacerse católico, sólo por procurarse el dinero que el parlamento le negaba (7), y con la esperanza de asegurar el triunfo del despotismo sobre la constitucion inglesa, destruyendo la república holandesa. La Suecia se adhirió al tratado, como tambien los príncipes del Rin. Nunca habia tenido tanto movimiento la diplomacia; y los Estados, á los cuales se dirigia Luis XIV para obtener de ellos la neutralidad, una alianza ó matrimonios, no podian, por su inferioridad, contestar con una negativa.

Habiendo tratado Carlos de Lorena con los holandeses, el rey convirtió esto en un pretexto para ocupar su territorio; lo cual interrumpió la comunicacion entre los Países-Bajos y el Franco-Condado, y dejó á los holandeses espuestos á sus golpes. Si su escuadra estaba floreciente, gracias á los cuidados de Ruyter, las tropas de tierra y las plazas fuertes se habian descuidado por envidia de los señores, y el país se encontraba destrozado por los partidos. Los holandeses hicieron con el rey de España y el elector de Brandeburgo un tratado de mútua defensa: Carlos de Inglaterra, que habia obtenido dinero del parlamento con el objeto de armarse para la triple alianza, dispuso de manera que uno de sus barcos fuese insultado por los holandeses; y desde el momento en que la nacion se vió comprometida á vengar la afrenta que habia recibido, les declaró la guerra (1672), al mismo tiempo que los franceses entraban en los Países-Bajos. Componíase el ejército francés de ciento diez mil hombres, de admirable aspecto, y bien aprovisionados por Louvois. Vauban estaba encargado de la direccion de los ataques; la artilleria era formidable y los generales escelentes.

Pasó Luis XIV el Rin, atravesó las fronteras sin guarniciones; y no encontrando más que oficiales sin esperiencia, una caballeria reunida sin método, tropas que carecian de espíritu militar y municiones, se adelantó con rapidez hasta llegar al frente de Amsterdam. En vano de Witt, después de haber agotado todos los medios para conjurar el peligro, escitaba á sus compatriotas á hacerle frente con valor, y destruir los abastos del Rin: no se podia esperar semejante resolucion de una asamblea incierta, en la que el partido orangista no habia cesado de subsistir, y en la que el partido republicano no dominaba aun. Atacados de repente y aislados de sus aliados, enviaron los holandeses diputados á Luis XIV para negociar bajo las más modestas condiciones; pero exageró el rey sus pretensiones, quiso imponerles duras humillaciones y precisarlos á restablecer el catolicismo; negáronse, pues, á tratar bajo estas bases, y adoptaron el partido de trasladarse á Batavia con sus barriles de oro, calculando que sus

(7) Lingardo ha publicado el original del tratado.

barcos podrian contener cincuenta mil familias; en fin se dispusieron á resistir con el valor de la desesperacion.

Las intrigas y reveses exasperaban los ánimos, que hacian recaer toda la responsabilidad sobre Juan de Witt. Como preveía que los príncipes de Orange volverian al poder, tuvo cuidado de establecer algunos límites á su autoridad por el *Edicto perpetuo* de 1667 y la *Armonia* de 1670, haciendo decidir que las dignidades de estatuder y jefe del ejército no podian nunca estar reunidas. Pero en medio de aquellos desastres, todos los votos llamaron al príncipe de Orange, que fué proclamado capitán y almirante. Este era un joven débil, novicio en las armas, reposado en el hablar y con pocos soldados; pero ocultaba bajo un frio exterior una ambicion activa y un valor indomable: no tardó, pues, en mostrarse capaz de hacer frente al gran rey.

Aquel Witt, que habia manifestado durante diez y siete años un amor tan desinteresado hácia la libertad, fué entonces acusado de complicidad en la invasion; aquel hombre íntegro, que no recibia más que un sueldo anual de tres mil libras, que rechazaba las recompensas de los holandeses y las seducciones de Luis XIV, que no tenia más que un criado y una criada, y que iba á pié cuando hasta el más pequeño cortesano del rey se paseaba en suntuosas carrozas, aquel hombre fué acusado de haber dilapidado los tesoros públicos. Predicábase contra él desde el púlpito: la muchedumbre, que en otro tiempo le consideraba como el autor de su prosperidad, entonces le maldecia como causa de los desastres del país. Intentóse asesinarle, como tambien á su hermano Cornelio, *ruart* ó bailio de Putten; y no habiendo conseguido la empresa se le imputó haber querido asesinar al príncipe de Orange. Cornelio, que en la batalla de Southwold habia permanecido intrépidamente sobre cubierta, á pesar de su estado enfermo, sufrió con no menos valor tres horas y media de horribles tormentos. El gran pensionario, invitado á visitarle, fué detenido con él en la prision; y ambos hermanos no salieron de ella sino para ser asesinados por el pueblo, cuyo encarnizamiento llegó hasta vender los pedazos de su carne (8). Los Estados concedieron una amnistia general, y dieron plenos poderes al estatuder que con ellos ahogaba la libertad.

Esta era la mano de Luis XIV que se dejaba

(8) Habiendo subido dos oficiales y cuatro ciudadanos á la habitacion de los señores Witt, el pensionario les demostró con tanta amabilidad y fuerza la inocencia de su hermano y la injusticia que cometia el pueblo rebelándose contra ellos, que prometieron obtener su libertad. Otros ciudadanos de la misma compañía vinieron á ver si los dos hermanos estaban en la habitacion. Al punto entró el fiscal con algunos oficiales y cinco ó seis ciudadanos. El fiscal dijo al ruart que era menester que aquellos quedasen cerca de él para responder de su persona al pueblo. El se-

sentir en su venganza; pero trabajaba contra él mismo. Habia ofrecido la mano de una de sus bastardas al príncipe de Orange, que le contestó, que los príncipes de su casa estaban acostumbrados á casarse con las hijas legítimas de los grandes reyes. No olvidó Luis XIV esta afrenta; y Guillermo se vió precisado de esta manera á ser un implacable adversario de él. A la caída de los Witt, Guillermo fué proclamado estatuder: desde entonces

nor de Witt, creyendo que aquello correspondia al ruart, trató de nuevo de salir de la habitacion; pero le detuvieron los ciudadanos. El fiscal los apartó suplicando á los dos hermanos que tuviesen paciencia, hasta que se apaciguase el tumulto, dejándolos con los ciudadanos que les convidaron á comer. Al levantarse de la mesa, el ruart, sumamente debilitado con el tormento, se echó sobre el lecho en traje de casa: su hermano se sentó á su lado, tomó la Biblia y continuó leyéndole algunos capítulos.

Cinco horas después de haber sido dispersada la caballeria de Tilly, la compañía de ciudadanos del manto celeste que al salir de la plaza de Bleyen recibió socorros de cerveza, vino y aguardiente, de que no tenia necesidad para aumentar su violenta rabia, se adelantó hácia la corte á las cuatro de la tarde: desde allí se encaminó á la puerta de la prision dando fuertes gritos y animándola el señor Van Bauchen, magistrado del Haya, considerado por los sublevados como su jefe, forzó la guardia de la puerta, diciendo que no era otro su intento sino el de conducir á los dos hermanos ante el príncipe de Orange, con el objeto de que determinase lo que debia hacerse con ellos. Entre tanto los sublevados no cesaban de disparar una multitud de tiros contra la puerta de la prision, y no pudiendo hacer saltar la cerradura y los cerrojos á fuerza de culatazos, el platero Vereof, uno de los jefes más furiosos, tomó un martillo de un herrador, con el que hizo pedazos la puerta. Los amotinados, desesperados de no poderla romper, amenazaron con horribles juramentos el dar muerte á todos los que estaban en la prision si no se la abrian. El carcelero, aterrado ó más bien ganado, abrió, y subieron al punto en tropel la escalera, entrando en el cuarto donde estaban los dos hermanos.

Hallaron al ruart en el lecho en traje de casa, y á su hermano sentado á su lado con un manto de terciopelo, leyendo la Sagrada Escritura. El gran pensionario trató de inspirar algun sentimiento de humanidad á aquella turba furiosa, pero en vez de aplacarse le obligaron, así como al ruart, á salir de la habitacion, diciendo que le conducirian al sitio en donde se castigaba á los criminales. Los dos hermanos se dieron un triste adios en la escalera, y el ruart que estaba muy débil bajó apoyado en su hermano, que conservando mucha serenidad en peligro tan inminente, exhortó con dulzura á los ciudadanos á que volbiesen á sus ocupaciones. Amigos, les decía, bajando la escalera: *para qué servirá todo esto? Nosotros somos inocentes, no somos traidores, conducidme donde querais y mandadme procesar.* A estas palabras le respondieron con violentos ultrajes gritando: *Adelante, adelante, ya vereis pronto lo que sucede.*

Un herrador habia tratado ya de asesinar al ruart en la cama, y lo hubiera hecho, si el golpe que le dirigió no tropezara en la cabecera. Al bajar, otro de los sublevados le hirió por detrás con una mesa, haciéndole rodar hasta la puerta, de donde fué levantado para arrastrarlo por los cabellos hasta el pórtico inmediato á la prision que conducia al patibulo. El gran pensionario, cuyo sombrero se

pensó, con el valor, la ambicion y la tenacidad de sus padres, remediar los males de la patria. Ruyter, glorioso amigo de los Witt, triunfó en el mar, al frente de setenta y dos navios y setenta fragatas y brulotes. Pero se tenian pocas tropas de tierra, y aunque el príncipe de Orange operase en esta guerra con retiradas que equivalian á victorias, los franceses se portaron en ella con una atrocidad digna de salvajes.

Las dos villas de Swammerdam y de Bodegrave,

habia caído en la escalera, salió descubierto de la cárcel buscando con avidez á su hermano que ya estaba muerto. En esto, un notario llamado Van Soenen, le dió con una pica en la cara, no impidiéndole por esto la herida al tratar de meterse entre la fila de los soldados creyendo encontrar allí á su hermano; pero los ciudadanos, así que lo advirtieron, le cerraron el paso. Entonces un tal Pedro Veranghen le apuntó con un mosquete, pero no habiendo dado lumbre, hizo á Juan De Witt una herida tan grande, que le dejó sin sentido. Sin embargo, Juan aun tuvo fuerzas para apoyarse sobre las rodillas y gritar: *¡Hermano mio!* cuando un tal Van Valen le cogió por el cuello, le puso un pié en el pecho y le descargó un tiro en la cabeza, gritando: *Hé aquí el malvado que ha hecho traicion á la patria.*

Muertos ya los dos hermanos, se reunieron los ciudadanos al rededor de los cadáveres haciendo muchas descargas; después despojaron los dos cuerpos, rompieron sus vestidos en mil pedazos, los cuales se distribuyeron por las ciudades inmediatas. Unicamente el manto del gran pensionario quedó intacto, tomándole un escudero y dándole en venta á Vyrerberg diciendo: *Hé aquí los restos del gran Juan.*

En los cadáveres de los dos hermanos se cometieron las mayores crueldades: después de haberlos arrastrado desnudos por el lodo hasta la horca, fueron colgados en ella empleando mechas de mosquete á falta de cuerda. El que habia de verdugo, viendo á Simousson, sacerdote del Haya, le preguntó: *Señor ministro, están colgados bastante altos? No, le respondió: no, ata á este bribon un poco más arriba.* Hablaba de Juan de Witt.

Pero no quedó con esto satisfecha su rabia. Al gran pensionario le cortaron los dos dedos que habia levantado para jurar el edicto perpétuo, y con los cuales firmaba; después hicieron la misma operacion en uno y otro con las narices, las orejas, los dedos de los piés y de las manos y las demás extremidades del cuerpo, que fueron vendidas desde 10 hasta 30 sueldos. El platero Vereof abrió sus cuerpos, sacándoles los corazones, los cuales conservó algun tiempo enseñándolos por dinero. Uno de aquellos malvados, no pudiendo arrancar los dientes al ruart, le cortó los órganos genitales; otro le sacó un ojo y se lo comió, y un tercero, habiendo cortado á Juan un pedazo de cadera, dijo: *Quiero asarlo y comerlo con mi amigo Tichelaar, aunque reviente.*

BASNAGE, *Anales de las Provincias-Unidas.*

Dos hijos de Barneveldt conspiraron para vengarle en el estatuder, pero habiendo sido descubiertos, huyó el uno, y el otro fué preso y condenado á muerte. Su madre imploró en favor de aquél el perdon de Mauricio, el cual se admiró hiciese por el hijo una súplica que no habia hecho por su marido, y ella le dijo: *No he pedido gracia para mi marido porque era inocente, ahora la pido para mi hijo porque es culpado.*

compuestas de seiscientas casas, fueron reducidas á cenizas, quedando una sola por casualidad libre del furor de los soldados y del incendio general. Creían cumplir con un deber de religión destruyendo las iglesias de los herejes, sin exceptuar ninguna. Los edificios públicos, en donde se administraba la justicia y se ejercía la vigilancia, sufrieron la misma suerte. Los soldados que habían formado aquel cruel designio se habían provisto al salir de Utrecht de mechas y materias combustibles: cerraban en las casas al padre y á la madre con sus hijos para extinguir de un golpe á una familia; y cuando se movieron las cenizas y las piedras de las casas, se hallaron una infinidad de cuerpos medio consumidos y los hijos quemados en los brazos de aquellos ó aquellas que les dieron el ser. Una madre ciega á causa de su decrepitud, fué muerta en presencia de cuatro hijos que la asistían teniendo su tumba como ellos en las llamas que les redujeron á cenizas. Variando la crueldad hasta lo infinito, otra madre que había criado igual número de hijos, los vió matar á su presencia, siendo luego inmolada al furor de los verdugos. El príncipe de Orange, que llegó á aquellos lugares dos días después, halló una multitud de niños con los brazos y las piernas cortadas y otros cuerpos mutilados, que dejó algún tiempo sin dar sepultura para que los viesen los pasajeros con el fin de que aprendiesen lo que debían esperar de los franceses. Los soldados se divertían en coger á aquellas inocentes criaturas por los pies, arrojarlos al aire y recibirlos después en la punta de las picas ó de las espadas; felices aquellos que en ellas encontraban la muerte, porque unos eran lanzados á las llamas y para otros se ideaban nuevos tormentos. Violaban á las hijas á vista de las madres, á las mujeres á vista de sus maridos; y los soldados que no encontraban suficiente número para desfogar su brutalidad, satisfacían su infame pasión veinte ó más de ellos en una sola persona, evitándoles luego el dolor de sobrevivir arrojándolas al agua ó al fuego. La avaricia unida á la crueldad animaba á los oficiales á la par que al soldado; colgaban á los hombres en las chimeneas de sus casas, encendiendo en ellas un gran fuego, para que ahogándose y quemándose el humo de la hoguera y la llama les obligase á descubrir el oro que poseían y que muchas veces no poseían, de suerte que eran víctimas de un pensamiento igualmente avaro y cruel.

«No siendo suficientes á contener el furor de los soldados los suplicios y las crueldades ordinarias, se inventaron otros extraordinarios. Despojaron de sus vestidos á las jóvenes y á las mujeres violadas, echándolas desnudas al campo en donde perecían de frío. Un oficial suizo que halló dos hijas de buena casa en tan triste estado, les dió su capote y alguna ropa blanca que tenía, recomendándolas al llegar á su puesto á un oficial francés, el cual en vez de protegerlas abusó por el contrario de ellas, entregándolas luego á los soldados, que después

de haber cometido los mayores ultrajes, les cortaron el pecho, las quemaron con las baquetas de los fusiles y dejaron los cuerpos expuestos en el dique que va desde Bodegrave á Woerden. A otras, después de cortarles el pecho, les echaban pimienta, cal y algunas veces pólvora, aplicándoles fuego para hacerlas morir más cruelmente. Uno de aquellos infames que en Bodegrave había hecho la inhumanidad de cortar los pechos á una señora en el momento del parto, poniéndole luego pimienta, murió en el hospital de Nimega, en un acceso de locura producida por los remordimientos de conciencia que continuamente le representaban á aquella infeliz criatura, creyendo siempre oírle exhalar dolorosos gritos. A otras les ataban á los árboles por los cabellos ó por debajo de los brazos, para que en vergonzosa desnudez quedasen expuestas á todas las inclemencias del tiempo. A un barquero le clavaron las manos al mástil de su nave, violando á su mujer en su presencia impidiéndole bajo pena de la vida que apartase la vista de aquel infame espectáculo. Otros maridos sufrieron la misma suerte, siendo obligados á palos y sablazos á ser testigos de tamaños ultrajes (9). Ni aun se respetaron los cadáveres; dos que llevaban á enterrar, fueron despojados de sus mortajas, arrojando uno de ellos al fuego con el ataúd y siendo el otro sepultado en el agua.»

Pasaban los franceses por valientes en batallas de asedio, pero no propios para sostenerse en una llanura. Prefería Luis XIV en su consecuencia la guerra de sitio, porque no necesitaba en ella más que constancia y método; al paso que en las batallas es preciso genio y suerte. Un general debe exponerse más que lo que agradaba á Luis XIV hacerlo (10).

Pero Condé y Turena eran de parecer de destruir todas las fortalezas holandesas, en atención á que las conquistas no se hacen con guarniciones sino con ejércitos y rápidas marchas, conservando siempre una ó dos plazas para en caso de una forzosa retirada. Añadía Turena que si el rey de España hubiese empleado en tropas móviles para la guerra de campaña, todos los hombres y todo el dinero que prodigó en sitios y en fortificaciones, hubiera llegado á ser una potencia sin igual. Louvois que quería aumentar su ministerio y el número de los empleados que estaban á su disposición, no tuvo en cuenta aquellos pareceres, y esta fué la salvación de la Holanda. Inundóse el país con el rompimiento de los diques; Luis XIV, que se complacía en la guerra cuando la victoria era

(9) BASNAGE, *Annales des Prov. Unies.*

(10) «Quisiera tener este mérito de más en la guerra, y hacer ver que sé embarazar á mis enemigos con mi sola presencia.» Obras, IV, 84.

«Si algún rey debe tener estas consideraciones, es seguramente el que hace recaer en su sola persona la felicidad del Estado.» Idem, I, 426.

segura y no se hacía aguardar, abandonó entonces el ejército para ir á triunfar, y embriagarse con los aplausos antes de haberlos merecido.

Ya las potencias cuya envidia se había despertado, se disponían á declararse enemigas suyas; y el príncipe de Orange, hombre frío y sin más sentimiento que su odio á la Francia, preparaba una gran coalición para resistirle. Carlos de Inglaterra, que obraba contra su interés y la voluntad de su país, se vio precisado á hacer la paz. Mas conocedores los imperiales y la España de sus intereses, se unieron á la Holanda (1673), y Montecuculi se manifestó digno de alternar con los generales franceses. Los invasores, que no habían marchado sobre Amsterdam cuando no podía oponerles resistencia, se vieron obligados á evacuar la Holanda, para dirigirse contra la liga, á la cual se había unido ya la Dinamarca con otros varios príncipes de Alemania (1674). Sin embargo, Luis XIV tenía un ejército dirigido por una voluntad única, fronteras bien fortificadas, hechuras y espías por todas partes. Habiendo entrado sus tropas en el Franco Condado, tomóse á Besanzon, y desde entonces este país perteneció á la Francia.

Manifestóse el arte de la guerra en aquellas campañas, que señalaron célebres batallas y prodigios de valor, pero sin preparar nada para lo futuro. Washington, por el contrario, no ganó si quiera una batalla en los nueve años de su mando, y emancipó las generaciones que debían sucederle. Entristécese el corazón cuando se consideran los motivos de guerras tan calculadas y tan inhumanas. Luis XIV había ayudado á los venecianos en la guerra de Candia, con objeto de obtener el capelo de cardenal para dos de sus protegidos, y asustar á los protestantes con la unión de los príncipes con el papa. Aunque la rendición de Candia estaba ya secretamente convenida con la Puerta, se continuó no obstante peleando. Los franceses, que siguieron con el mismo valor en los combates, fueron diezmados por el hierro y la peste, sólo porque convenía á la política alargar el sitio. Asígnose por causa de esta guerra de Holanda la sorprendente allivez de los Estados. Pronto se verá á Louvois suscitar otras guerras, para no verse obligado á corregir una ventana, que el rey no encontraba á nivel.

El mariscal de Turena, que fué el héroe de aquella campaña (1675), fué muerto por una bala de cañon en el sitio de Saltzbach, á la edad de 64 años, y colocado, como Duguesclin, en el sepulcro de los reyes. Padre de sus soldados y azote de las poblaciones, de un carácter frío y en nada caballeresco, sacrificaba los deberes de la humanidad á las leyes de la guerra y á los suyos de general, y asoló el Palatinado de una manera atroz.

La guerra entre Turena y Montecuculi fué verdaderamente un ejercicio artístico, una lucha de astucia, de paciencia y de actividad, en la que no se podía contar con las faltas ajenas, sino sólo con lo que se hubiera hecho en lugar del adversario.

Prosiguió Montecuculi sus victorias hasta que fué hecho prisionero por el príncipe de Condé. Abandonó después el vencedor de Rocroy el mando para concluir tranquilamente sus días en el retiro, Montecuculi abandonó también el servicio, diciendo que después de haber combatido con Mahomet Koproli, Condé y Turena, no le convenía comprometer su gloria con otros (11).

Prosiguióse la guerra con prontitud, con marchas y sitios. Los principales acontecimientos pasaron en el mar. Habiéndose sublevado Mesina contra España, Ruyter se dió á la vela para ir á combatir contra ella, como consecuencia de la alianza que se había verificado (1676); pero el almirante francés Duquesne le atacó en Lipari, y luchó con igualdad contra él, tanto habían aprovechado los cuidados que se habían tenido con la marina francesa! Después, le dió muerte y arrojó sus barcos del Mediterráneo. Estas eran las primeras derrotas que los holandeses habían sufrido en el mar. Los franceses, que hubieran podido conquistar toda la Sicilia, se hicieron odiar por sus acostumbradas maneras y sus desleales intrigas; por otra parte, Louvois, por envidia de Colbert, no preparó los medios necesarios para el éxito, y pronto se vieron precisados á evacuar el Mediterráneo.

Ninguna de las dos partes beligerantes consideraba el interés nacional, si bien todas estaban muy poco en estado de sostenerse: á fuerza de imponer contribuciones el emperador en Hungría, la había espuesto á rebelarse; la España se arruinaba cada vez más; el Imperio estaba á el mayor desorden, sin acuerdo en las determinaciones que adoptaba ni prontitud en su ejecución; la Holanda arruinaba su comercio con los auxilios que proporcionó á sus aliados; en fin, la Francia se encontraba debilitada, y no esperaba reponerse sino con victorias. Carlos de Inglaterra recibió socorros de Francia, pero el enlace de Maria de York con su tutor el estatuder Guillermo, entibió el resentimiento de estos dos hombres; al paso que los holandeses concebían serios temores por su libertad.

Entabláronse, pues, diferentes negociaciones, con las cuales trataba Luis XIV de dividir á los que Guillermo había reunido para defender la libertad de Europa; y á pesar de este príncipe, firmóse la paz de Nimega bajo la mediación de Inglaterra. A despecho de las dificultades que resultaron de la prohibición de las mercancías holandesas en Francia, fué posible entenderse con los Estados Generales, cediendo á Maestricht con las demás conquistas que se habían hecho, y concediendo buenas condiciones al comercio. Una vez separada la Holanda de la gran alianza, pudo Luis XIV dictar la ley á las demás potencias. Hizo

(11) Diga lo que quiera Hugo Foscolo, ciertamente Montecuculi aconseja destruir al enemigo *infestándole el campamento de enfermedades contagiosas.* Tit. I, cap. 3.

que la España le cedería el Franco-Condado y varias plazas de los Países-Bajos, devolviendo algunas de las que había adquirido por el tratado de Aquisgram ó en el curso de aquella guerra. Mayores exigencias tuvo con el emperador, á quien obligó á que le abandonase á Friburgo, llave de la Alemania. El Brandeburgo y la Dinamarca, después de nuevos combates, renunciaron á las conquistas que habian hecho contra la Suecia, y concluyeron la paz tanto con aquella potencia como con Holanda. Fué reintegrado Carlos de Lorena, pero con tan humillantes condiciones, que prefirió permanecer desposeído. Nada perdieron los holandeses, escepto sus enormes gastos. La España pagó los de la paz, aun cuando no tenia interés en ella, y permaneció sin garantías; de tal manera, que para asegurar lo que le quedaba en los Países-Bajos se unió á la Inglaterra.

Por innobles motivos de venganza y ciega ambicion habia comenzado la Francia las hostilidades, y salia de ellas con gloria; pero si Luis XIV habia abatido á los de Witt, habia tambien elevado á su más poderoso rival. Quedó aun probada la superioridad de la Francia por el hecho de que su

idioma, que treinta años antes no le hablaban más que un pequeño número de personas en Osnabruck, lo era entonces por todo el mundo; y desde este momento fué el francés la lengua de la diplomacia (12). Victorioso en todas partes Luis XIV, estableció la línea de sus fronteras con más concierto, y después de haber proporcionado á sus generales la ocasion de adquirir mucha gloria por su valor, y mucha infamia por su insaciable avaricia é inútiles atrocidades, obtuvo el título de Grande.

(12) El obispo Newton dice con respecto á la Inglaterra bajo el mando de Cromwell: «Ni la república ni Cromwell querian bajarse á pagar á ninguna nacion extranjera el tributo que comunmente se paga al rey de Francia, es decir, tratar los asuntos en la lengua de este príncipe. Creian que ésta era una cosa vil é indigna de una nacion libre. Adoptaron, pues, el noble partido de no escribir á nadie ni recibir ningun despacho que no estuviese en latin, lengua comun á todos. Bueno hubiese sido que los príncipes que sucedieron hubiesen imitado aquel ejemplo, pues la opinion de hombres muy prudentes es, que la universalidad de la lengua francesa debe producir la universalidad de esta monarquía.

## CAPÍTULO VI

### NUEVAS GUERRAS.—BOMBARDEOS.—PAZ DE RYSWICK.

**Fin de Colbert.**—De tal manera habia prevalecido Louvois sobre Colbert, que puede considerarse á éste como borrado de la política desde 1670, en cuya época los intereses del comercio y de la industria cedieron el paso á la política exterior. El ministro de Hacienda no tuvo desde entonces que hacer más que buscar los medios, cualesquiera que fuesen, para atender á los gastos de la guerra. Hubiera sido de desear que Colbert hubiese renunciado á un empleo que no podia ya conservar con honor; pero el heroísmo de aquella época, dificilmente resistia á los reyes. Tal vez tuvo bastante valor para permanecer en un puesto en que podia evitar mayores desastres, haciendo frente á la execración de los pueblos que le maldecian por las enormes contribuciones que sufrían, resignándose con ver arruinar en su nombre los establecimientos que habia hecho prosperar, y á los soldados ocupar los puestos que destinaba al culto de la ciencia y de la industria. Tratábale, sin embargo, Luis XIV con dureza; y se atrevió un dia á echarle en cara la economía con que Louvois habia construido las fortalezas de Flandes. No resistió Colbert á este golpe, muriendo poco después. Habiendo enviado el rey á preguntar por su salud: «No me hableis más del rey, exclamó; dejadme al menos morir en paz. Si hubiera hecho por Dios lo que he hecho por él, dos veces me hubiera salvado. Ahora no sé lo que sucederá.»

Colbert fué, después de Sully, el ministro más útil á la Francia, y no tuvo quien le igualase. De esta manera pudo el presuntuoso Louvois estimular con toda seguridad la arrogancia y ambicion de su amo. No queriendo disminuir su poder con el desarme, le aconsejó una guerra fiscal que debia dar ocasion á empuñar las armas. Le hizo crear *ámaras* de reunion, destinadas á examinar la estension precisa de las cesiones y dependen-

cias obtenidas por los tratados de paz de Westfalia, Aquisgram y Nimega. Sentó como base dos principios enteramente nuevos en derecho, ó puramente franceses, á saber: 1.º una ley sálica, que no admitia que un territorio que habia pertenecido una vez á la corona pudiese separarse de ella; además, que los príncipes que habian cedido sus feudos de obispados al rey de Francia, debian reconocer su señoría sobre estas posesiones. De esta manera se adjudicaba Luis XIV más pais que el que habia adquirido por la guerra, y para sostener sus pretensiones conservaba en pié su ejército, cuando los demás príncipes habian licenciado los suyos. En su consecuencia, apenas adjudicó el tribunal las dependencias cuando Louvois envió tropas para ejecutar la sentencia; de este modo se regocijó Luis XIV con sorprender á Estrasburgo (1681), llave del Rhin, donde encontró un magnífico parque que contenia novecientas piezas de artillería.

El mar habia venido á ser el objeto preferente de las potencias y el campo en que éstas median sus fuerzas. Ansioso, pues, Luis XIV de hacer ostentacion de las numerosas que habia reunido, las presentó.

Continuaban amenazando los cuatro Estados berberiscos del Africa, el comercio y las costas meridionales de Europa. En 1500, Hassan, que se vanagloriaba de ser descendiente de Mahoma, y manifestaba mucho celo hácia su religion, la reformó en Marruecos. Adoptó el nombre de Scherif, bajo el cual ocuparon sus hijos á Fez, y extendieron su imperio hasta los confines de la Guinea. Más tarde Muley-Ismael tomó en 1672 el título de emperador, declarándose independiente de la Puerta, resultando la tiranía sin freno que nace de la confusion de los poderes político y espiritual.